

¿Humor en la Biblia?

Aunque pudiese parecer sorprendente, el tema del humor no es nuevo en la investigación bíblica: ya en 1883 apareció un libro llamado *Humor and Irony of the Hebrew Bible*, del rabino Joseph Chotzner. Sin embargo, ha sido un tema, por una parte, desconocido y, por otra, discutido hasta el día de hoy.

Arturo Bravo Retamal

Universidad Católica de la Santísima Concepción (Chile)



A modo de ejemplo menciono dos artículos que ilustran el debate sobre la existencia o inexistencia de este tópico en la Biblia hebrea. En 1999, Hershey Friedman, autor judío, publicó el artículo "Humor in the Hebrew Bible" en *Humor. International Journal of Humor Research*, de la afamada editorial Walter de Gruyter (Berlín-Nueva York), en el que sostiene que el humor permea las Sagradas Escrituras. Por su parte, John Morreall, fundador de la International Society for Humor Studies, responde a Friedman con un artículo en la misma revista (2001) titulado "Sarcasm, irony, wordplay, and humor in the

Hebrew Bible: A response to Hershey Friedman", concluyendo todo lo contrario, a saber, que Dios, tal como aparece representado en la Biblia, no tiene sentido del humor y que el humor no permea las Sagradas Escrituras. Lo que a su vez provocó la réplica de Friedman con el trabajo "Is there humor in the Hebrew Bible? A rejoinder" (2002).

El tema es extraordinariamente delicado por varios factores que abarcan desde la naturaleza de la materia (lo esquivo del humor al tratar de definirlo), pasando por el carácter sagrado de la Biblia (que pareciera excluir cualquier rasgo

La ironía pertenece a la estructura del libro de Jonás: es la caricatura de una forma equivocada de creer

humorístico), hasta el carácter de los exégetas (pues pareciera que, para poder descubrir el humor, hay que tener sentido del humor). En relación con esto último, la exégesis alemana es especialmente reluctante a encontrar humor en la Biblia, salvo en contadas excepciones, como Hermann Gunkel en su comentario al Génesis. Pero, para colmo de males, algunos de los pasajes que calificó como humorísticos no lo son. Hay que tener cuidado de no pasar por alto el humor donde está y no ponerlo donde no está.

A mí me parece que hay humor en la Biblia por una razón muy sencilla: la Biblia es palabra de Dios en palabras humanas, y el humor es algo propio del ser humano y de los grupos humanos, lo que hace altamente probable su existencia en esta magna obra. Más aún si se considera el talante del pueblo judío, tan amante de la vida (*Lebensfreude*) y tan celebrativo.

Ya en el volumen IV del *Jüdisches Lexikon*, publicado en Berlín en 1928, en la voz "Humor und Witz, Jüdischer" ("Humor e ingenio judíos"), sus autores afirman que las filosofías críticas alemana y francesa del siglo XIX, que estudiaron la psicología y la definición del humor y del ingenio, pasaron por alto el examen de la historia del humor judío y de su originalidad. Dicen que el humor e ingenio judíos son antiquísimos y que están presentes en todo tiempo. Además, que el humor en la Biblia haya pasado frecuentemente inadvertido se debe a que, desde una perspectiva teológica, un género literario tan frívolo no se consideraba digno de ella.

Que los mismos judíos afirman la existencia del humor en su Biblia me parece un argumento más que

suficiente. Pero basta de discusiones, prefiero pasar brevemente a presentar un ejemplo del humor en la Biblia: el libro de Jonás, verdadera joya de humor literario.

EL HUMOR EN EL LIBRO DE JONÁS

Cuando uno lee con atención o críticamente el libro de Jonás, puede encontrar una larga lista de incoherencias, de elementos que están fuera de lugar, y una muy corta de elementos verosímiles. Prácticamente todo en este librito está fuera de lugar, o al revés.

Hagamos un breve recorrido sobre las inverosimilitudes más relevantes, entre muchas, que presenta el libro:

- Este así llamado “profeta” responde rápidamente después de haber recibido su misión. El texto dice: “Jonás partió”, texto que a los judíos piadosos les recuerda la respuesta de Abrán en Gn 12,4 (“Partió Abrán como le había dicho el Señor”); pero Jonás partió no para cumplir su misión, sino para huir de ella: “Jonás partió, pero dispuesto a huir a Tarsis, lejos del Señor” (Jon 1,3). Pero, ¡atención!, no se despistó, sino que se fue exactamente para el lado contrario (oeste) del lugar adonde Yahvé lo estaba mandando, a Nínive, que se ubica al este de Palestina. Este es el único caso en el que un profeta de Yahvé reacciona de esta manera; por eso habría que calificarlo más bien como el “anti-profeta”. Aquí hay claramente una contraposición

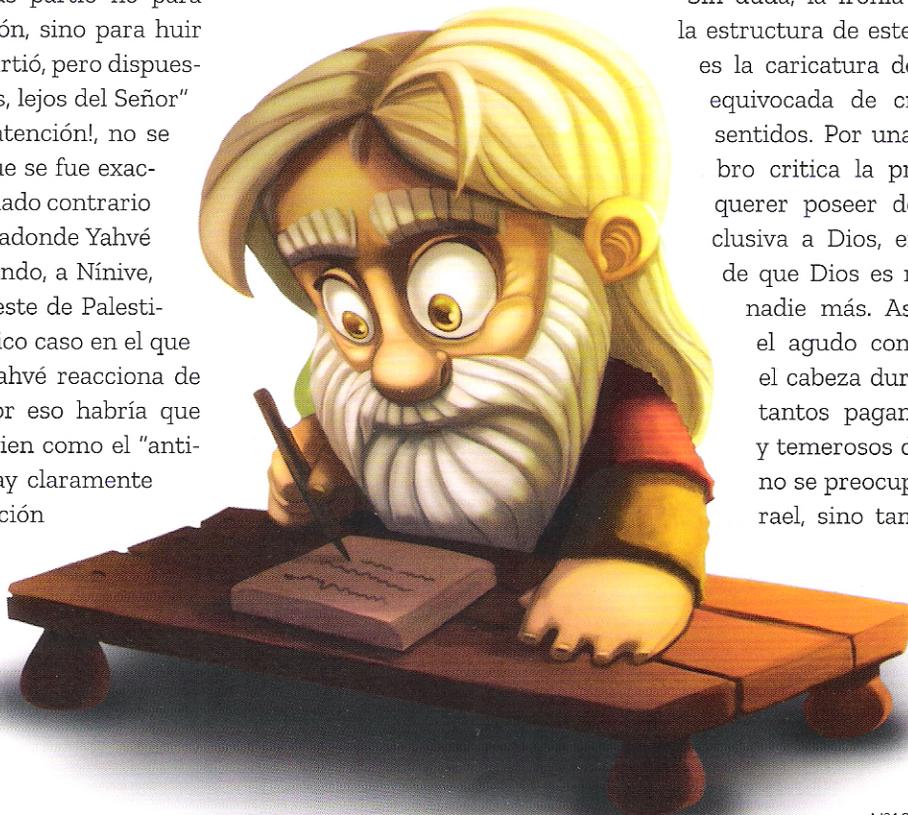
entre este “profeta” y los otros profetas de Yahvé.

- De entre los numerosos personajes del libro, Jonás es el único judío, todos los demás son no judíos; y Jonás es el que siempre queda mal, mientras que los extranjeros dan ejemplo de ser buenas personas, de religiosidad y docilidad a la palabra de Dios. Un ejemplo de esto es que los habitantes de Nínive, tan pronto escuchan la predicación de Jonás, que consistió en una sola frase (“Dentro de cuarenta días Nínive será destruida”), creyeron en el mensaje de Dios, se pusieron a ayunar y se alejaron de sus malas acciones. Esta es la predicación profética más corta –una frase– y más efectiva de toda la Biblia. Jonás debería estar inscrito en el Guinness de los *Récords* como el profeta más exitoso de toda la Biblia: con una sola frase convirtió a todo un pueblo que se caracteriza por su crueldad. Logró con una

frase lo que no pudo hacer Isaías con 66 capítulos.

- Pero Jonás no se alegra por su éxito. Todo lo contrario, estaba tan enojado que le pide a Dios que lo mate. Y ahora explica por qué huyó a Tarsis, lo que a la vez es la causa de su ira: “Porque sé que eres un Dios clemente, compasivo, paciente y misericordioso, que te arrepientes del mal que prometes hacer. Así que ya puedes, Señor, quitarme la vida, porque prefiero morir a seguir viviendo” (Jon 4,2-3). Esta es una gran contradicción por parte de Jonás, porque, si Dios es tan misericordioso –como Jonás mismo reconoce–, entonces no lo matará como él le pide. Dios no destruirá ni a los ninivitas ni a su rabioso profeta. Hay que hacer notar que todos en el libro, incluso Dios, se convierten, menos Jonás. Jonás es el único que lleva la contraria, y en vano, porque Dios salva sin que Jonás se dé cuenta o, peor aún, contra su voluntad.

Sin duda, la ironía pertenece a la estructura de este libro. Jonás es la caricatura de una forma equivocada de creer en dos sentidos. Por una parte, el libro critica la pretensión de querer poseer de forma exclusiva a Dios, en el sentido de que Dios es nuestro y de nadie más. Así se explica el agudo contraste entre el cabeza dura de Jonás y tantos paganos piadosos y temerosos de Dios. Dios no se preocupa solo de Israel, sino también de los



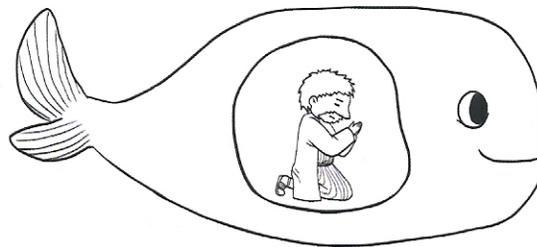
asirios –cuya capital era Nínive–, que representaban el odio contra Israel. Hay que recordar que fueron los asirios quienes en el año 721 a.C. destruyeron el reino del Norte, el cual desapareció de la historia.

Por otra parte, el libro critica la reducción de la fe a los ritos religiosos, dejando fuera el ámbito de lo ético. La causa de la palabra de amenaza de Dios contra los ninivitas no es que no hayan conocido a Yahvé, sino su maldad, la violencia de sus obras. Y el libro dice que Dios los perdonó no porque se convirtieran al Dios de Israel, sino porque se convirtieron de su “mala conducta y de sus violentas acciones” (Jon 3,8). Hay una conversión, pero no es religiosa, sino ética.

Los comentaristas concuerdan en que este librito fue compuesto alrededor del siglo IV a.C., una época en que el pueblo de Israel, después de la experiencia del exilio en Babilonia, se concentró en vivir en torno al Templo de Jerusalén y su culto, desarrollando, lamentablemente, un excesivo nacionalismo que lo llevó incluso a prohibir el matrimonio con mujeres extranjeras. Jonás representa esa comunidad judía posexílica específica que atravesó una etapa de nacionalismo exacerbado que la condujo a la xenofobia. Jonás es una crítica mordaz a esta comunidad, es quien representa un nacionalismo excluyente y encerrado en sí mismo que se mueve entre el miedo y el desprecio a los que no son como nosotros, a los que no pertenecen a nuestro grupo.

Todo en este librito es irreal, es imposible. Y todo desempeña una

función que lleva a mirar con cierta simpatía al personaje, porque anda más que despistado. Sin embargo, a través de él pasó el mensaje de Dios. Solo una cosa es correcta: que Dios es un Dios clemente, compasivo, paciente y misericordioso (Jon 4,2). Pero esto no es tan bonito como suena, porque, si se cree en un Dios misericordioso, hay que ser consecuentes: Dios es misericordioso con todos. No es coherente, y no correspondería



Todo en este librito es irreal, es imposible. Y todo desempeña una función que lleva a mirar con cierta simpatía al personaje, porque anda más que despistado

tampoco al ser de Dios, postular un Dios misericordioso solo con los creyentes e implacable con los que no creen o con los que se consideran enemigos. El Dios de la revelación bíblica, aunque cueste, es el Dios de todos, no solo de los que tienen fe. No se le puede encerrar ni encasillar en las propias mezquindades. A cada uno le toca escoger entre los ídolos mezquinos que se fabrica y el Dios verdadero. Él es el Absoluto, el Trascendente, el Santo; el que no se puede hacer a la medida, según los propios intereses, como pretendía Jonás: un Dios judío bueno solo con los judíos.

Y ahora el asunto se pone dra-

máticamente serio. Es cierto que Jonás es una caricatura, pero una caricatura de la realidad, pues Jonás es el que se preocupa solo por sí mismo, el que se alegra por su propio beneficio personal. Podría haber saltado de alegría por la conversión de los pérfidos ninivitas, cuestión que, por el contrario, lo amarga en extremo; y, en cambio, se llena de alegría por una simple planta de ricino que lo libraba únicamente a él del calor mientras esperaba cómodamente ubicado el fuego del cielo que abrasara a los ninivitas.

No hay que olvidar que el libro termina con una pregunta-reproche dirigida a sus destinatarios directos y que alcanza a los oyentes-lectores de todos los tiempos: “Tú sientes compasión de una planta de ricino que tú no has hecho crecer, que en una noche

brotó y en una noche se secó, ¿y yo no voy a tener compasión de Nínive, la gran ciudad, en la que hay más de ciento veinte mil personas que aún no distinguen entre el bien y el mal, y muchísimos animales?” (Jon 4,10-11).

El libro de Jonás, con su humor lacerante, se yergue como una instancia crítica imprescindible para contrastar la existencia de los creyentes de todas las épocas en cuanto que confronta al Dios de la revelación con el dios que nos fabricamos, que responde a nuestros intereses y justifica nuestras prácticas: ¿cuánto de Jonás hay en cada uno de nosotros y en nuestras comunidades?